



«EL ALCALDE DE ZALAMEA» ★★★★★

# Larga vida a los clásicos

**Autor:** Calderón de la Barca.  
**Directora:** Helena Pimenta.  
**Intérpretes:** C. Gómez, J. Notario, J. Noguero... Teatro de la Comedia. Hasta el 20 de diciembre.

No creo estar exagerando si digo que este montaje que dirige Helena Pimenta de «El alcalde de Zalamea» no desmerece, en la puesta en escena, de la magistral literatura de Calderón sobre la que se sustenta. Todo es sobresaliente en esta ambiciosa propuesta en la que ha cuidado hasta el más mínimo detalle técnico y artístico para que cualquier espectador que se acerque a ver la obra, sea o no amante del Siglo de Oro, salga admirado y sobrecogido de un espectáculo de teatro con mayúsculas en el que el adjetivo «clásico» es mera formalidad. A partir de una estupenda versión de Álvaro Tato, en la que sólo se advierten respetuosos cambios en aras de clarificar algunos conceptos, el texto cobra vida con la arrolladora fuerza que le imprime, en primer lugar, un fabuloso y amplio reparto en el que actores de distinta procedencia y estilo trabajan perfectamente ensamblados en una misma línea interpretativa. Soberbios, no más que otros, pero sí con más texto, resultan Joaquín Notario –como don Lope de Figueroa–, para el que apenas debe de tener ya algún secreto el teatro clásico; Jesús Noguero –don Álvaro de Atayde–, puro magnetismo siempre; David Llorente, oscureciendo esta vez el personaje del gracioso que tanto domina; Carmelo Gómez, que da a Pedro Crespo la orgullosa rudeza –trasladada también al habla– y el sentido común que el persona-



**LO MEJOR**

El esmero con el que se ha trabajado en cada uno de los aspectos de la producción

**LO PEOR**

Que durante la representación suenen hasta cinco teléfonos móviles en el patio de butacas

je demanda; y Nuria Gallardo, conmovedora como Isabel cuando su honra es vilmente ultrajada. A las interpretaciones hay que sumar el apropiado clima sombrío que Juan Gómez Cornejo crea con la luz, el vestuario impecable de Pedro Moreno o la selección musical–

muchos deberían aprender aquí cómo ha de usarse el sonido en relación a la acción– de Nacho García. No se podía, pues, contar mejor esta profunda, compleja y maravillosa historia de un villano enfrentado incluso a la monarquía, tras la violación de su hija a manos de un capitán, para hacer prevalecer no sólo su derecho a la justicia, sino también su libertad para ejercerlo de acuerdo a un código moral que ha de estar por encima de cualquier prebenda de clase social. «Que no hubiera un capitán/ si no hubiera un labrador», escribe un colosal Calderón.

Raúl LOSÁNEZ